

Los demonios del Huachicol

Guzmán Anell, José Teódulo

2019-02-01

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/4102>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

LOS DEMONIOS DEL HUACHICOL

José Teódulo Guzmán A., S J

Publicado en “Media Solutions”, el 1 de febrero de 2019. Disponible en:
<http://web.mediasolutions.mx/Notas/?id=201902010250137740&temaid=11946>

Narra el evangelio de San Mateo (Mt 9. 28-32) que los endemoniados de un poblado llamado Gadara, eran hombres tan salvajes que nadie se atrevía a pasar por el camino donde ellos transitaban. Y que al ver a Jesús empezaron a gritarle: No te metas con nosotros, Hijo de Dios. Y luego le dijeron: Si nos expulsas, envíanos a esa piara de cerdos, Y Jesús les dijo “Vayan” Y toda la piara se lanzó al lago y se ahogó.

Traigo a colación este relato porque los demonios del huachicol y del crimen organizado se han metido en los cuerpos y en las mentes de muchos hombres y mujeres a lo largo y ancho de nuestra nación. Y son tan salvajes que no dudan en asesinar a quienes intentan controlarlos. ¿En qué momento y cómo es que entraron estos demonios en las comunidades donde se perforan ductos de PEMEX para extraer la gasolina y robar impunemente un bien nacional?

Robar, agredir y lucrar cínicamente con el petróleo y sus derivados no son actos delincuenciales recientes. Cada día nos damos cuenta de que este tipo de delitos ya se cometían y eran conocidos desde hace tiempo por autoridades federales y estatales. Y quizá cuando algún gobernante quiso poner freno a sus tropelías, esos demonios le gritaron: No te metas con nosotros porque te vamos a destruir. Y la autoridad elegida para defender a las personas y a los bienes de la nación no hizo nada por temor o por connivencia con esos grupos delincuenciales. Los dejó que se metieran en hombres y mujeres de comunidades ubicadas en vastas zonas geográficas de México, sin importarle la descomposición y la destrucción del tejido familiar y comunitario.

A veces uno tendería a pensar, frente a estas plagas y otras como la violencia de los cárteles, el feminicidio y el secuestro, que brotaron y proliferaron porque incursionaron en contextos de mucha pobreza, analfabetismo y descomposición familiar. Es posible que en algunos casos así sucediera. Sin embargo, en muchos otros esas conductas criminales se gestaron entre personas y grupos que disfrutaban de suficientes recursos económicos y que incluso habían tenido acceso a instituciones educativas del nivel superior. Los funcionarios de alto nivel, generales de las fuerzas armadas, directivos de grandes empresas, etc. no son precisamente plebeyos e ignorantes. Y sin embargo algunos de ellos han actuado en connivencia con huachicoleros y delincuentes. En todo caso habría que escarbar bastante en los hábitos y costumbres familiares que modelaron su fisonomía. Las personas que

actualmente conforman los cárteles del crimen organizado no nacieron con una pistola en la mano. Han sido muchos y variados los hilos que fueron tejiendo el modo de pensar y los hábitos de conducta social de los corruptos y de los criminales de nuestra nación.

El gobierno federal ha propuesto varias estrategias para aminorar la pobreza y la desigualdad social. Pero ha dicho muy poco respecto a la forma como habrá de afrontarse la descomposición familiar, la desarticulación del tejido social en las comunidades por causa de la migración y la desatención en la formación cívica y moral en las escuelas. No me parece que baste con proponer una especie de catecismo moral y de buenas costumbres ciudadanas para enderezar los árboles que no nacieron torcidos, sino que se fueron torciendo poco a poco por falta de cuidado, de afecto y de oportunidades para desarrollar hábitos de convivencia pacífica, de cordialidad con los prójimos y de respeto a los bienes ajenos, condiciones indispensables para la paz social. Cambiar la mente y el corazón de ladrones y criminales no es tarea fácil, ni creo que basten las cárceles de todo el país para encerrarlos ni mucho menos para cambiarles la cabeza y el corazón. Sin embargo, la conformación de ambientes familiares, donde se eduque en el respeto a los derechos de las personas y se construyan relaciones cordiales de confianza entre vecinos y compañeros de trabajo, podrían contribuir a expulsar los demonios de la violencia y de la corrupción.